

ASTIANAX

KALENDIO



CAPÍTULO XXIV

LOS ÚLTIMOS TRIUNFOS Y LAS ÚLTIMAS DERROTAS DE NERÓN

Entre tantas emociones de contradictorios caracteres como había pedido al arte y al vino, á lo más alto y á lo más abyecto de la vida, faltábale una: la emoción de vencedor. Había muchas veces leído en historias y epopeyas, así como contemplado en frescos y relieves, los triunfales paseos de cuantos volvían de sus campañas bajo los arcos del triunfo decretado por un gran servicio á Roma y sobre los carros del combate que hundieran las ruedas en los cadáveres de tantos enemigos muertos, como al tornar Mauricio de Grecia captada por su heroísmo y Escipión de África rendida por su constancia: necesitaba, pues, un espectáculo así, el himno de los coros, el concierto de las trompetas, el aplauso de las muchedumbres, el vítor de los soldados, el paso litúrgico so los toldos purpúreos y sobre las flores deshojadas, el humo de las áureas cazoletas donde se quemaban en carbones encendidos las olientes ramas de Arabia, el culto prestado al vencedor, como á un dios, por el reconocimiento y el entusiasmo de la patria. Cayeron á una señal de sus manos las murallas para ensanchar el recinto destinado á presenciar la victoria suya en proporciones iguales al ensanche y engrandecimiento, así de su poder como de su renombre;

salieron los pueblos, aguijoneados por la curiosidad natural de ver cómo se tributaban á un histrión honores, en otro mejor tiempo á un general victorioso únicamente atribuidos; el carro en que Augusto volviera vencedor del Oriente y del Egipto, por seis caballos de nivea blancura tirado, lo recogió y lo arrastró cual andas móviles del incensadísimo ídolo; una túnica de púrpura y oro lo vestía, una clámide celeste sembrada de áureas constelaciones y signos astronómicos iba flotando sobre sus hombros, la guirnalda del olivo de Delfos ceñía sus sienes y el premio de los juegos píticos ocupaba su diestra; dos mil heraldos le precedían armados de ornamentos diversos, á cual más encendido y multicolor, llevando en sus puños las coronas de premio sobre las cuales brillaban el nombre y carácter y origen de cada una con la fecha y lugar del concurso y competencia donde la obtuviera; el músico Dorifero, vestido de actor y con los timbres de su oficio, compartía el triunfo, yendo sobre su propio carro, cual acostumbraba el segundo general vencedor ir junto al general en jefe y primero; detrás de aquel grupo, en actitudes teatrales, apercebido y aparejado como para la escena, corrían los cinco mil augustales con las manos hinchadas de aplaudir sin tasa y las gargantas perdidas de aclamar sin descanso, gozándose con participar de sus fatigas y de sus triunfos; el suelo por donde la procesión discurría, estaba cubierto de azafrán, el horizonte velado por toldos transparentes, henchido el aire con humaredas de incienso exhaladas por pebeteros puestos sobre trípodes áureas, las casas ceñidas con floridos ramajes, las esquinas realzadas por altares ante cuyas aras inmolaban víctimas coronadas y se ofrecían sacrificios acompañados por melodiosas orquestas; mientras el pueblo, fuera de sí, contemplando, no actores, comparsas; no trofeos, instrumentos; no soldados rotos en cien combates, histriones resignados á que Nerón los venciera en el proscenio, abrazados con efusión por los descendientes de aquellos senadores que recibieran á Mario en su reingreso de vencer á los teutones y á los cimbrios, así como bendecidos con adjetivaciones de augustos, apolinos, délficos, artistas sobrehumanos, porque habían servido de compañía cómica en sus farsas innobles á un actor, desmadejado y torpe, á quien el trono sugiriera un delirio tan insano como la creencia de que por su fuerza era el cuitado un Hércules, por su

autoridad un Júpiter, por su poesía un Orfeo, por sus orgías un Baco, por su música y por su inspiración un Apolo, por el conjunto y suma de todas sus facultades intuitivas, reveladoras, sobrenaturales, etéreas, un gigante, un titán, á cuyo cuerpo se mezclaban las fibras de todas las razas, y en cuyo espíritu entraban como afluentes misteriosos el ser y la vida de todos los dioses.

Parecióle camino muy trillado á Nerón el camino de los antiguos vencedores romanos, recorrido en triunfo por haber derramado torrentes de sangre, cuando él derramaba torrentes de armonía, y lo cambió y lo rectificó para que resultase digno de victoria como la suya, sin igual en los romanos anales. Los muros al gran circo cercanos cayeron bajo la piqueta destrozados. La Vía Sacra fué desdeñada como unguida por espectáculos y recuerdos muy por bajo de los revestidos y simbolizados por la persona divina del sublimado César. Varios arcos del Círculo Máximo fueron también arrancados al suelo para que pudiese de frente penetrar allí en línea la numerosa comitiva, un ejército de farsantes. Del circo pasó al Foro, atravesado en toda su extensión, hasta llegar á la Vía Sacra, ante la cual se detuvo, tornando con brusquedad hacia el Palatino, donde no hizo caso de Marte, poco propicio á sus devociones, entrando en el templo de los templos, en el templo de Apolo. Ancho patio de mármol blanco, rodeado por un peristilo, compuesto con gallardas columnas de mármol amarillo, precedía en guisa de atrio; cincuenta estatuas de bronce, todas ellas ecuestres, resaltaban en este atrio, puestas cada cual al lado de su respectiva columna; en contraste con estos simulacros varoniles, muy hercúleos, la hermosura femenil, representada por cincuenta estatuas de ninfas armoniosas y bellas, las vírgenes de Dánae; once gradas de jaspe abrían paso al templo, sobre cuyo frontón triangular, descansando en seis pilares acanalados, tan brillantes como si fueran de ágatas ó mármoles, lanzábase á lo infinito en áurea cuadriga el dios de la luz, como si allá en lo alto volara y se cerniera, protegiendo á la Ciudad Eterna y recordándole como un astro no apagado en los etéreos resplandores del día las bellezas y los esplendores del cielo. Entró Nerón en aquel maravilloso edificio, á cuyo alrededor acampó como un pueblo inmenso la comitiva; pero no le dejó, ni le ofreció siquiera una corona, dejándolas todas para el pueblo romano

y para sí, por lo cual puso una parte de ellas en su áureo palacio, en el circo de los juegos otra, y la mayor en el obelisco egipcio de Cleopatra, como cediéndolas al pueblo monarca y á la Ciudad Eterna. Dos mil coronas había traído. ¡Y cuántas humillaciones le costaron! En parte alguna los alabarderos habían como allí ensayado sus aplausos y loas: así resultaban de conformes y artificiales. Diríase que no era un público donde reina siempre la espontaneidad colectiva, sino un ejército disciplinado, una materia obediente. Pero, á lo mejor, ya por falta del debido ensayo y ejercicio, ya por una posibilidad absoluta de que todos obedeciesen á una consigna, sobrevénia cualquier inoportuna disonancia y se la castigaba como castiga el domador cualquier inclinación á indómita de una fiera domada. Varios griegos creían cumplir con el emperador obediéndole, y no se consideraban por lo mismo de ninguna manera estar obligados á que les gustara en Nerón el músico y el danzante. Así aparecían del todo contrarios á las pretensiones del César, á quien le importaba poco que no le obedeciesen con tal que lo aplaudieran. Y caso rarísimo: por su parte había émulos y competidores oficiales del emperador, á quienes les importaba poco que les matasen bárbaramente con tal de vencerlo en público certamen. Dión Casio nos refiere á este respecto cosas curiosísimas. En los juegos Istmicos no se permitían tragedias; pues Nerón las representó. Había en estos juegos un epirota, el cual sobrepujaba mucho por su voz y su cántico á Nerón, y pedía la correlativa recompensa, el codiciado premio. Nerón le mandó á decir que callara; y en caso de cantar, le reconociera la incontestable superioridad y le decretara el superior derecho suyo al premio prevenido. Pidió diez talentos por complacerle y se negó el emperador á pagárselos. Entonces, con la suficiencia propia de quien se reconoce á sí mismo un gran mérito y sabe que traerá éste aparejado un premio, se lanzó con resolución al escenario el epirota y cantó; audacia bien pronto castigada, pues le cogen los augustales, y empujándolo hacia un pilar cercano le clavaron sus puñales en la sonora garganta. Así hacía Nerón que, no un vil heraldo, un caballero consular en persona pregonase los triunfos de su emperador y los ofreciese al género humano en su nombre. ¿Qué habían de hacer las gentes? Pues darle cuantas coronas pidiese. Reunió por tal sistema dos mil,

poco más ó menos. Había Nerón representado Edipo, Antígona, Orestes, Hércules desnudo y encadenado con cadenas de oro, hasta una mujer que va de parto, pariendo en la escena. Muy natural, por ende, lo que refieren sus historiadores. Lidio, ricacho griego, le propuso una contrata, y le dijo que si contraía el compromiso en pacto solemne de representar y tañer y bailar y cantar donde dijera su contratista, le daba en un año todas las rentas que le rendía el imperio. Nerón lo pensó unos días y luego rehusó. Pero tenía en tanto su voz, que la regateaba muchísimo, y preparándose á nuevos triunfos, con cuya gloria soñaba, fué á Nápoles para descansar del viaje triunfal por Grecia y urdir en planes para lo futuro coronas que juntar á tantas como había recibido en homenaje á su genio.

— ¿Qué día es hoy? — preguntaba Nerón al momento de encontrar en la bella Nápoles á sus dos compañeros principales de recreo, su célebre liberto Helio, á quien diera el gobierno de Roma durante su paseo por Grecia, y el músico Dorifero, á quien diera participación en su triunfo durante toda la procesión litúrgica por los principales sitios de la espantada Roma.

— Es el 19 de marzo — dijeron contando por idus, como contaban los romanos, ambos confidentes.

— ¡Qué día! — exclamó Nerón, — ¡qué día!

Y como si huyera de un espectro, se salió de la estancia, donde con los dos amigos departía, y se fué al jardín, corriendo en él desde un lado á otro, cual si fuera presa el cuerpo suyo de una epilepsia y el alma de una demencia.

— ¿Por qué ha corrido así? — le preguntó el buen Dorifero á Helio, viendo los estremecimientos que sacudían al desgraciado emperador.

— Pues hoy es el día — dijo Helio con timidez — en que murió Agripina.

— ¡Ah! ¿En que murió? Bien..... Está bien..... ¡Cómo lo siente! ¡Qué buen hijo!

Y los dos se miraron á esta reflexión de uno y se sonrieron por instinto.

— Traedme la pelota — dijo Nerón huyendo del jardín y reentrando en la estancia.

— Que vengan los jugadores de pelota — mandó Helio inmediatamente.

— Una observación, César, una observación — díjole Dorifero: — vas á sudar, y si sudas, con este tiempo vario de marzo vas á constiparte y enronquecerte.

— Cierto, cierto.

— Juguemos á los dados.

— Perfectamente.

— La pelota en verdad pide mucha violencia, y la violencia pudiera traerme mucho daño. Cada vez me hallo más convencido de que nadie nació en el mundo con una voz como la mía. Pero, de tanto usarla en Grecia, siéntola un poco resentida. Por eso no he querido hablar en el Senado y con el Senado me carteo. Por eso he heme puesto unos pañuelos en torno de la garganta, impenetrables al externo aire. Por eso he venido al dulce clima de Nápoles buscando la paz del alma y el reposo necesario tras tantos esfuerzos por los laureles recogidos en Grecia. Juguemos á los dados. Quiero en este día distraerme. No quiero pensar en nada, no quiero recordar cosa ninguna, no quiero acordarme de nadie.

— Bien hecho — dijo el liberto.

— Bien dicho — añadió el músico.

Y se dieron al juego de los dados con ardor.

— Ganaste la partida — exclamaron tras un largo rato de silencio los dos jugadores dirigiéndose al emperador.

— Pues no me parece tan mal día éste como yo presagiaba — decía para sí Nerón, cual si estuviera solo y hablara solamente consigo. — ¡Los augures! No pude hacer sino lo que hice. Yo no soy culpado. Tú me habías instruído en los secretos del Estado. Tú me habías dicho que si Júpiter se opusiese á la omnipotencia del César, habría que concluir con Júpiter, por el puñal, por el veneno, por cualquier medio. Yo soy esclavo del destino, al ser dueño del mundo. ¿Cuántas horas van pasadas del día?

— Juguemos otra partida á los dados — dijéronle sus dos compañeros para distraerle y divertirle.

— Juguemos — dijo Nerón maquinalmente.

Y jugaron, y nuevamente ganó el emperador.

— No es tan mal día, puesto que siempre gano.

— Los dioses sean loados — dijo el liberto.

— Ganas por la inteligencia — el músico añadió.

En esto entraron una porción de domésticos y dijeron que acababa de llegar del Palatino un correo, echando lumbres, pues traía muchas y muy graves noticias, cuyo conocimiento era indispensable al emperador.

— ¡Noticias! Me persiguen por todas partes las noticias. Más quiero habérmelas con una nube de dardos que con una nube de nuevas. Lo primero que hice al salir fué con suma oportunidad encargar á la secretaría que no me hablasen de cosa ninguna y no me dijese nada en absoluto de cuanto sucediera, haciendo los secretarios su voluntad por completo.

— Grave será la cosa que traen, cuando turban el reposo que necesitas — dijo á Nerón Helio.

— Veamos.

Y el enviado entró, abriendo Nerón las tablillas que traía con grande apresuramiento.

— ¿Qué hay? — le preguntó Helio al ver que palidecía.

— Nada — dijo Nerón, reponiéndose del primer desagrado y lanzando una larguísima carcajada. — ¿Pues no se ha sublevado contra mí Vindex, el gobernador de las Galias? ¡Fatuó! ¡Si creará que por descender de régulos allá en Aquitania puede su barbarie alzarse con el imperio romano! Me alegro mucho de que tal haya hecho. Un poco desdinerado por mi viaje á Grecia, que me sale á la cara con atrasos y apuros ahora, veréis cuánto tardo en penetrar á saco por aquellas ricas provincias y traerme un botín entre las uñas de mis rapaces águilas. Que ya proveeré, contéstaes, Helio, á las gentes de Roma.

— Cumpliré las órdenes.

— Acompáñame, Dorifero, al circo. Veremos los ejercicios atléticos y nos distraeremos un poco. Ya me dijeron astrólogos ignoros que sería destronado, y les dije cuán poco me importaba, pues un artista como yo tiene un trono de gloria y un pedazo de poder en todas partes. Yo puedo contratarme cuando quiera. El potentado Lidio me propuso un día contrata por la cual yo tenía más lucro y provecho que siendo emperador de Roma. Jamás he creído perder nada, ni desconfiado de recuperar un objeto cualquiera que

se perdiese. Ya dije cierta vez en un naufragio, viendo cómo los peces devoraban objetos preciosos en las aguas sumergidos, que los mismos peces habrían de devolvérmelos.

Y con efecto, se fueron como buenos camaradas al circo, donde los aclamaron en vociferaciones ardorosas, y estuvieron observando cuanto sucedía sin muestra de ningún embargo del sentido, y como si todo cuanto en torno suyo pasaba fuese lo más natural y simple y lógico del mundo. Una ligera perturbación de las que acompañan á todos los imperios, como acompañan los terremotos y demás estremecimientos terrestres á las grandes alturas volcánicas. Después del juego de dados los juegos de atletas, después del circo de atletas la cena orgiástica del palacio, después de la cena orgiástica del palacio los placeres del lecho, después de los placeres del lecho un sueño á pierna suelta sin ensueños: diríase que nada pasó en el mundo.

Los móviles agujoneadores del acto de Vindex no eran de carácter universal, eran de carácter particular y privado. Nerón, mal administrador, en sus gastos larguísimo, incapaz de ninguna economía, derrochaba todo el oro invenido en las rentas del imperio, y así husmeaba y atisbaba donde un rico existía para desbaliarlo como un salteador, y secuestrándolo, quedarse con su persona y con su hacienda. Vindex era de abolengo noble y rico en aquellas regiones aquitanas tan feraces y que producían cosechas tan cuantiosas. Nerón deseaba heredarle. Y cuando Nerón deseaba heredar á cualquiera, bien podía el requerido y sitiado por su deseo imperial creerse muerto. Para burlarlo, apeló el galo á un expediente contado por el naturalista Plinio. Las cocciones de comino tomadas en ayunas prestan al rostro una palidez mortal. Y esta palidez mortal convenía mucho al patricio aquitano, porque le hacía pasar por moribundo, con lo cual de Nerón lograba una espera que no hubiera nunca tenido éste de hallarse con una persona robusta dotada de fuerte salud y vida larga. Cuando le veía con amarillez de cadáver fiaba el emperador á las paciencias del tiempo aquello que le hubieran dado súbitamente los reprobables medios del crimen. Así, con esta treta de la víctima, el sacrificador aguardaba, y el amenazado vivía. Pero no le pasaba lo mismo á su región. Opresa por la tiranía neroniana y exhausta por las terribles exacciones

consuetudinarias del tiempo, deseaba sacudir el yugo alzándose con resolución y denuedo en armas por la libertad. El aquitano escuchó los clamores de la patria y urdió los hilos de la conspiración. Muy astuto y experto, reconoció los límites hasta donde podía su ambición extenderse, y no los traspasó en proyecto y plan alguno de los por él traídos entre manos contra Nerón. Separó con una profunda separación el emperador de su imperio. Y maniobró contra el uno en defensa del otro. Su estirpe gala y su condición extranjera le dañaban: buscó para sustituir á Nerón un pretendiente que fuese romano, y encontró á Galba, quien, regalón y anciano y poderoso, de todo empeño político se abstraía en abstracción egoísta. Pero fingía ideas y costumbres republicanas. Cuando Calígula murió, le ofrecieron las legiones el imperio y lo rehusó, respondiendo que á quien debían cedérselo en verdad era sin reservas á la Ciudad Eterna. Todo César sospechaba más del pretendiente capaz de sustituirlo que no del republicano capaz tan sólo de dirigir á los dioses platónicos votos por la república romana. Galba, gobernador de la España tarraconense, hallábase como en una proscripción en su gobierno. Pero quien le siguiera los pasos y le observara con cuidado, enterárase de cómo en los últimos tiempos de Nerón soñaba en sus adentros con el imperio, pues permitía libertades á la palabra no consentidas antes, y adrede administraba mal con el propósito y fin consiguientes de añadir justificación verdadera con las quejas á los premeditadísimos actos. Hallábase Galba en la presidencia de una grande asamblea por aquí, por Cartagena, cuando Vindex lo instó á dar su nombre al movimiento, que aceptó sin vacilaciones y reservas, exponiendo todos los crímenes perpetrados por el emperador y diciendo cómo la justicia requería que trajesen aparejado un castigo del cual hacía su nombre y su persona instrumento. Entre los romanos gozaban de mucho crédito los presagios. No sabían ellos la implacable regularidad en los conciertos de la Naturaleza existente y la fatalidad con que sus leyes se cumplen, del todo ineluctables, y nada cuidadosas ni de nuestros intereses ni de nuestros destinos. Pero, creyendo á la Naturaleza con entrañas, madre cariñosa y tierna, concentrada toda ella en el cuidado de las criaturas, ó entre las criaturas, del hombre, su hechura predilecta, imaginaban una correlación entre

los astros lejanos y nuestra suerte propia, como entre los hechos naturales y los hechos humanos que producían quiromancias, astrologías, oráculos, presagios, augurios, agorerías, auspicios, una correlación entre lo animado y lo inanimado, rota por la ciencia en sus revelaciones acerca de la máquina del Universo, que cum-



Galba, sucesor de Nerón (busto del museo de Nápoles)

ple sus leyes y mueve sus resortes sin acordarse para nada de nosotros, sujetos á su mecánica y á su fuerza. Pero como creían las antiguas gentes lo contrario, así que les pasaba cualquier cosa, referíanla sin vacilar á hechos anteriores, tomándolos por nuncios de lo sucedido, y generaban por este sencillo método augurios y presagios. El grito de un humilde centurión, plantando la bandera de su cohorte propia en la plaza de los comicios, impidió el traslado á Veyas de Roma tras el incendio pegado á la ciudad por las

irrupciones galas; el tropezón y caída de Camilo tras los ruegos á Júpiter pidiéndole cayeran sobre sus hombros las desgracias prevenidas y aparejadas contra Roma por su providencia, precedieron á la condenación del gran patricio; Paulo Emilio extrajo de un hecho tan baladí como la muerte de su perrita persa el horóscopo de un presentimiento tan grande como el que le anunció su victoria sobre Perseo; Mario huyó á la cólera de Sylva, observando en su refugio de Minturo cómo un asno despreciaba la pradera del pasto y corría en busca del pilón de la fuente, á lo cual abandonó el campo y se fué al mar, salvando así la vida; Bruto conoció su derrota en Filippus de un modo muy particular, queriendo recordar la *Iliada*, sólo apareció esta frase á su memoria: «La suerte y Febo han resuelto mi perdición,» como que dieron por consigna el nombre de Apolo á sus legiones Augusto y Antonio el día que lo derrotaron y lo perdieron. Imposible no le sucediese algo parecido á un cuitado tan infeliz como Nerón, imposible. Así los oráculos á una le dijeron que desconfiase del año setenta y tres. Este número de años tenía Galba y él no se acordaba, por lo cual trajo la recomendación del oráculo á los treinta y un años no cumplidos, porque viviría hasta los setenta y tres con felicidad, y solamente de tal año tenía que ocuparse y contra tal año que apercibirse y disponerse; á lo cual debió ocurrírsele algo parecido á lo nuestro de «si tan largo me lo fiáis, puedo echarme á dormir.» Pero el número setenta y tres se refería de suyo al número de años que contaba quien había de suceder á Nerón en el imperio. Y no le cabía ni por pienso tal cosa en las mientes á Nerón. Pasó más de una semana tras la infaustísima nueva, y no dijo nada, cual si no sucediera nada en su imperio. Solamente cuando los correos le llevaron carteles y programas del insurrecto, en que le llamaban mal músico, se conmovió, y tomando su estilo trazó una carta, en la cual decía con mucha retórica y mucho palabreo al Senado que un irreverente y embustero se había levantado en armas contra él y díchole mal cantante, cuando el Universo entero, según se había visto en su viaje á Grecia, estaba hechizadísimo de su voz y transportado á las melodías despedidas por los arrullos de su áurea cítara. Y para desautorizar la rebelión y desmentir las acusaciones consiguientes á tal crimen, había mucho y sobrado con

que se fijasen los padres conscritos de cuántas injusticias era capaz quien se atrevía, entre los transportes del mundo y los tributos de una honda y universal admiración, á negarle corona tan visible y reluciente como su corona de artista. Tras todo esto pide venganza y se excusa de no haberse presentado á Roma, y al Senado en Roma, y en el Senado á la deliberación sobre los castigos infligibles á Vindex y porque le había encima caído un constipado y necesitaba cuidarse de su flexible y sonora garganta. Los senadores oyeron las cartas del emperador como si oyeran llover, y se prepararon á cambiar de dueño mañana si al dueño de hoy le faltaba la fortuna. Y parecía faltarle, porque á diario empeoraban las noticias de Aquitania. Así tuvo que partirse desde Nápoles á Roma y que acogerse á la sombra del cuartel donde residían los pretorianos y del templo donde se juntaban los senadores. En el camino aquel nada le decía, nada, como era su viaje último. Iba descuidado y alegre cual si nadie le pidiera cuentas de su gestión y nadie atentase á su imperio. Si alguna perplejidad sintió y recelo tuvo, desvaneciéronse al ver un bajo relieve, clavado en ostentosa tumba puesta en la vera del camino, representando un milite galo vencido por un caballero de Roma, presagio bienhadado que le anunciaba completa felicidad. Llegó á Roma y no se presentó al Senado. Convocó varios patricios, y en vez de consultarles acerca de las dificultades que le circuían y de los peligros que le amenazaban, consultóles sobre un órgano hidráulico, tocándolo con sus propias manos, y exponiendo al par que lo tocaba las perfecciones introducidas en su mecanismo y los recreos procurados por tan delicioso instrumento. Oigamos á Nerón en sus intimidades.

— Bebamos y comamos — decía el emperador, tendido sobre su lecho cercano á la mesa imperial, en un festín orgiástico, cual si las ganas se le hubiesen redoblado en las desgracias, ó por lo menos, en copas y platos se le apagasen los remordimientos.

— No me opongo á que comamos y bebamos — decía con razón Helio, — pero me atrevo á rogarte medites acerca de los pronósticos observados en varios puntos, como haberse abierto por sí mismas las puertas del mausoleo de Augusto, teñídose de sangre los torrentes de Alba, retirándose del Egipto la mar, invadiendo una gran parte de Licia.

— No curéis de tales cosas — dijo el emperador, — todas son folías. Los dioses, que me han protegido hasta hacer hablar á los órganos hidráulicos en mi reinado, seguirán protegiéndome hasta desvanecer una conspiración bárbara, en la cual no columbro viso alguno de victoria. Es una calaverada.

— Pero calaverada que va tomando muchas proporciones.

— Ya he tomado por mí otra medida contra mis enemigos: la consagración del templo erigido á Popea, mi esposa idolatrada muerta, quien desde los Campos Elíseos me mandará un aliento de sus labios para impulsarme á la fortuna y un rayo de su estrella para esclarecer y prosperar la mía.

— No basta con los votos y las plegarias; necesítase más en estas cosas: necesítase tomar medidas prontas y eficaces que te aseguren el imperio y hagan saber á tus enemigos como eres aún el emperador. Con plegarias, exvotos, consagraciones, cree, Nerón, que nada se consigue.

— No comprendo, Helio, cómo te apuras así. Yo soy el primer amenazado, y mírame tranquilo, cual si nada pasase en mi alrededor. Una insurrección de galos jamás prevalecerá en esta Roma de patricios. El sentimiento de la supremacía del romano sobre los demás pueblos en tal modo se halla unido aquí á la ciudadanía, que morirán todos los pobladores de Roma con todos los dioses, oponiéndose á la menor ventaja de Vindex, aunque diga ese bellaco dirigirse contra la persona del emperador y no contra la existencia del imperio. Jamás volverán los galos á quemar nuestra Roma; quemarán á lo sumo nuestra sangre.

— No quisiera decirte lo que pasa, no quisiera, y menos en este momento, cuando te muestras confiado en tu estrella y te das á fortalecer con el pródigo alimento las fuerzas necesarias para tu sustento, también sustento de Roma y del imperio.

— Habla, Helio, habla. ¿Qué sucede? — preguntó Nerón alarmado.

— No quieras ahora saberlo — díjole Dorífero, — no quieras ahora saberlo. Espera con indiferencia digna de un dios á tres horas después del copioso almuerzo, y hecha la digestión no correrías peligro alguno por las emociones que despertara en tu ánimo cualquier noticia de nuevo cuño, que así puede ser verdad como mentira.

— Si Helio nada me hubiese dicho, yo, por mi parte, nada quiero saber. Mas desde la hora y punto que algo me anuncia, la inquietud natural de mi curiosidad no permite aguardar con calma lo que necesito con prontitud conocer.

— Pues bien: Vindex no está solo; Vindex ofrece candidato, con aceptación previa hoy al imperio.

— ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? No me mates. Acaba pronto.

— Galba.

— ¿Qué dices? — preguntó Nerón aterrado, temblando desde los pies á la cabeza, estremecido como á un ataque de súbita epilepsia, con los labios llenos de amarillos espumarajos, las manos crispadas, el cuello rígido, el aliento entrecortado, los músculos tiesos, el rostro contrahecho, la figura toda desfigurada en términos de parecer que le faltaba respiración y vida, como esos infelices á quienes mata y carboniza una centella fulminada de lo alto y que abrasa en un momento sus fibras, reduciéndolas á forma y á materia de momia.

— No te inmites así — dijéronle á una Dorífero y Helio.

— ¿Que no me inmute decís? El mundo se ha concluido para Nerón.

Y dando un puntapié derribó por el suelo la mesa con todos cuantos objetos había en ella.

— Contento, Nerón — dijo el músico.

— Domínate, para dominar la tierra — dijo el liberto.

— La tierra, el dominio, la potestad; no me habléis de esas cosas.

— Pues nada de todo eso está perdido ahora, y todo puedes recobrarlo con tal que tengas calma.

— ¡Calma, y voy á perder el imperio! Habéis visto la indiferencia con que recibí el aviso de que debía prevenirme al castigo de Vindex; alcé los hombros y continué todos los hábitos con todas las tradiciones de mi vida. Mas ahora nos encontramos con que Galba se ofrece al bárbaro, al descendiente de aquellos que incendiaron el Capitolio, y presta su nombre romano para enseña de un crimen dirigido contra Roma. No hay esperanza.

— Considera, Nerón, cuánto arriesgas con cualquier precipitación que pudiera conducirte á una desdicha, la cual no sería desdi-

cha tuya, sería de todos nosotros, y no solamente de todos nosotros, de todo el romano imperio, y no solamente de todo el romano imperio, de todo el universo mundo.

—Yo voy á destrozár el mundo, como estos vasos murrinos. Miradlos; están compuestos del cristal de roca más transparente y más hermoso que se haya encontrado jamás en el mundo. La mole de este mineral ofrecido por Livia, mi bisabuela, en el Capitolio, tiene mayor volumen y no mayor claridad. Ningún diamante comparable á estos vasos en el mundo, que brillan irisados por todos los colores y ostentan hermosas cinceladuras debidas á finos buriles helenos. Ni los altos Alpes en sus hielos eternos y relucientes; ni las Indias en sus profundos ríos llenos de tesoros; ni la célebre Chipre, cuyas costas ofrecieron siempre riquezas tan copiosas y sólidas; ni aquella Necros en el rojo mar situada y revestida por tantas preciosidades naturales; ni los pozos abiertos en las lusitanas colinas, han dado nunca pedazos de cristal comparables á estos dos de claridad nativa, sobre la cual resaltan cuadros ricamente cincelados como las piedras de nuestras tumbagas y sacados á los poemas homéricos tan fecundos en pasajes artísticos. Pues bien: para mostraros mi duelo por cuanto pasa y la desesperación exaltada que me acongoja hoy, estrello contra el pavimento estos vasos; y al estrellarlos, digo que de igual manera estrellaría yo, si preciso fuera, toda la tierra.

Y con efecto, estrelló Nerón los vasos. Mas después de haberlos estrellado, entre la pena y dolor de los circunstantes, incapacitados de comprender, por no estar informados como él, á qué tal demencia conducía y qué resultado esperaba de tal barbaridad, comenzó á rasgarse las vestiduras. Y después de rasgarse las vestiduras, golpeóse cuerpo y cabeza y frente contra las pilastras de pórfido, cual si hubiera querido romperlas al modo y manera que rompió las copas murrinas. Y después de haberse roto las vestiduras y malherido la cabeza, echóse á llorar con sollozos propios de los niños, entrecortados por hipos únicamente connaturales á la infancia, y á la primera, cuando el gesto y el llanto suplen á la palabra, que no aparece todavía en los labios. Después anduvo cual un demente por todo el hogar aquel, parándose, ya en los trofeos que se le caían sobre la cabeza, ya en los frescos, cual si las figuras

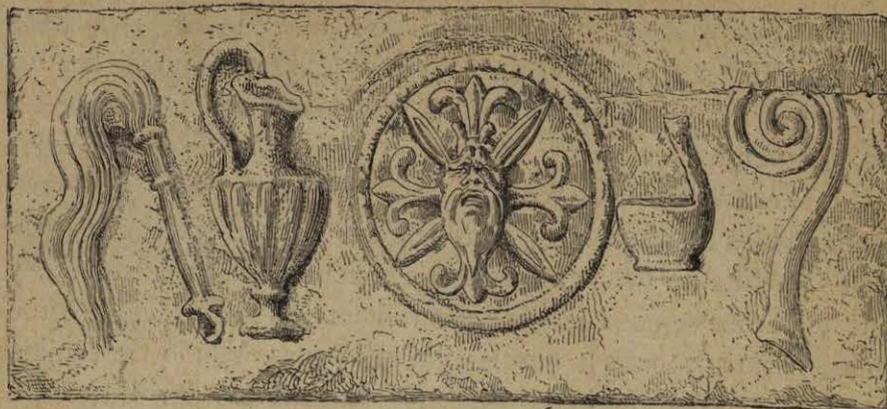
fuesen á seguirlo como un volador sonoro enjambre, ya en las estatuas que parecían á compás andar, ya en los instrumentos de música tañidos por él en sus ejercicios artísticos y en los versos por él compuestos cuando le dominaba la Musa poética y le sobreco-gía el genio de la inspiración. A lo mejor se paraba, por no poder más con su aliento, que despedía en ahogos terribles, ó se precipitaba sobre las fuertes losas, produciendo con el choque de sus huesos fragor tan extraño como un esqueleto, largo tiempo de sus carnes desvestido y separado. Después se levanta y corre desalado á las habitaciones de Locusta, el verdugo femenino allí guardado por él para poder matar por medios invisibles é inapreciables, como suele matar la misma Naturaleza. Ya le ha en la retina su terror dibujado el esbozo de un suicidio inmediato, y pedí-dole un veneno rápido, que lo mate sin dolor con la celeridad que mata el rayo, y pueda llevarlo dentro de áurea bola entre los pliegues de la túnica. Después de haber tal presente recibido, que ofreciera en sus desvaríos á tantas personas, volvióse hacia su alcoba; y al entrar en ella, no pudo menos de pararse ante la célebre amazona helénica, de figura tan casta y expresión tan ingenua, la cual así como velaba el sueño suyo, también solía consolarlo en sus mayores pesares. Mas el frío de la triste áurea bola donde llevaba el veneno le hizo en aquel instante un efecto tal como si tocase el áspid terrible de una víbora, y retrocedió lanzándose desolado sobre la cama, como puede lanzarse un pobre náufrago sobre un madero flotante al lado suyo y que le ofrece algún asidero donde agarrarse y aguardar la necesaria salvación. Ya en la cama, se le fué á los ojos y á las mientes el recuerdo de su vida pasada y soñó con tornarse á la niñez y borrar en otra existencia nueva y mejor los horrores y los vicios, volviendo á llorar como un chiquillo que pide la teta, cual si creyera, en su demencia, rejuvenecerse y rehabilitarse con aquellas lágrimas. Y no sabiendo á qué numen propicio podía encomendarse, ni á qué medio recurrir, ni qué partido tomar, llamó á su nodriza, la cual vivía en palacio aún, cerca de su cuarto, y le tendió las manos, y le asió las mejillas, como de niño, y le cubrió el rostro de lágrimas y besos, como cuando mamaba.

—¿Por qué — le dijo — no volver á la niñez? ¿Por qué no acariciar las mismas ilusiones que rozaban mi frente con sus alas y que

discurrían aleteando ante mí cual una bandada de mariposas teñidas con el polen multicolor de todas las esperanzas? Me dicen todopoderoso: helo sido bajo un solio, á cuya sombra el menor capricho mío se tornaba en mandato imperioso á los demás, ¿y no me será dado aniquilar mi obra, mi recuerdo, los minutos del tiempo y los puntillos del espacio, por los cuales ha pasado en vertiginosa carrera mi persona con la memoria restante de mí mismo, todos los días extendidos desde la hora fatal de mi nacimiento hasta la suprema hora de mi muerte? ¿Por qué me diste de mamar, oh nodriza mía? ¿Cuánto más hubiese aprovechado á tu mamoncillo el veneno de Locusta ó de víbora, que tu nutritivo pezón y tu dulcísima leche! ¿Si pudiese reducirme á tu regazo, y suspenderme á tu pecho, y en tus brazos abrigarme, y dormir aquel sueño de la infancia tan jubiloso, escuchando tus canciones y viendo sonreír á un tiempo tus labios y tus ojos!... Pero no; el destino quiere probar-me con toda suerte de males é infligirme toda suerte de castigos. Tendrá que ver en el puesto mío, allí donde yo he relumbrado como un sol, ese panzudo de Galba, parecido al asno de un sileno, con un gallo sobre su lomo cual Vindex que no le dejará dormir á su quiquiriquí estridente y le clavará en las mataduras los cortantes y agudos espolones. He de matarlos á sátiras. He de ponerlos en caricaturas grotescas y he de malherirlos con saetas agudas para que no sólo caigan en el suplicio preparado para retorcerlos y atormentarlos, en otro suplicio más deshonoroso, en el ridículo. ¡Traidores, traidores, traidores! He de mandar, no verdugos, carniceros, á que destrocen todos los gobernadores de provincia, tan malos por su naturaleza como Vindex, y luego vendan sus carnes al peso en carnicerías públicas, donde irán á comprarla y á comérsela sus gobernados: he de dar un banquete monstruo al Senado, reuniendo en él todos los senadores sin excepción, tan perversos como Galba, y he de poner tras ellos á Locusta para que salgan hinchadísimos como ratoncillos envenenados y mueran ahí por los rincones, danzándoles yo sobre su barriga con mis pies hasta que la sangre y la porquería de sus intestinos me manchen la cabeza; he de reunir en el Foro toda la población romana, y luego he de quemar toda la ciudad por los cuatro frentes de aquel espacio hasta que se vayan arremolinando como una

pelota, y arremolinados ya, he de soltarles las fieras del circo en tropel á que les asalten y devoren, destruyendo con sus garras y machacando entre sus dientes al pueblo rey de la tierra. Antes, nodriza, corría yo á tu seno para que me adormecieses, meciéndome; ahora me siento á tu lado para que si me duermo, ¡ah! me sacudas con violencia y me despiertes. No puedo, no, dormir. En cuanto me duermo veo á Claudio cuando lo transportaban entre cuatro, como un buey degollado, desde un punto á otro del palacio, lanzando los últimos estertores y tendiendo á un lado y otro sus piernas y sus brazos inertes; veo á mi madre mostrando el vientre al centurión para que le hundiese la fría hoja de acero en las entrañas donde me generó; veo á Británico desplomado so la mesa donde fingía el papel de monarca, representando las Saturnales; veo á Poppa herida por un puntapié mío, rodando por el suelo; veo á Octavia que huye á sus esbirros y que pide la vida llorando y pataleando como si pidiera un dulce; veo los cristianos retorciéndose bajo sus capas de resinas ardiendo, y los gladiadores echados á las fieras, y los hermanos matándose unos á otros para divertirme con sus agonías en el circo: hilera de patíbulos, en los cuales todos me atormentan á mí con tormentos para los que hay un remedio tan sólo: el olvido y el silencio de la muerte. Del fondo de todos los sepulcros, del seno de todas las concavidades, del hueco de todos los panteones exhálase una voz que me llama, voz del abismo, tan espantosa como los rugidos de la tormenta en el Océano, y que parece un llamamiento de la eternidad á juicio. Tengo frío, tengo miedo, tiemblo como nunca he temblado, me sacudo en estremecimientos epilépticos, me muero ¡ay! me muero, y me asusta mucho la muerte. ¿Por qué no me dejaron ir á Rodas, cuando en los primeros días del imperio quise yo abdicar y refugiarme con los míos en tal isla? ¿Por qué no se acuerdan de aquellos días en los cuales no firmaba yo una sentencia de muerte? Y ahora se ríen de mí. Habrán de llorarme. Sé que han puesto sobre las cabezas de mis estatuas pelucas de mujer. Sé que han metido una efigie mía dentro de una talega, como el cuerpo de los parricidas, poniendo encima un rótulo diciendo: «Al Tíber.» Sé que aguardo escuadras de Alejandría cargadas con trigo para las trojes del pueblo, y como llegase una sola nave cargada de minio para los juegos del circo,

me han imputado que hacía morir de hambre al pueblo: todo lo sé. De tales ingratos ¡ay! nada me maravilla, pues han olvidado todos mis beneficios hacia ellos. Así por doquier me cercan y me conminan terribles amenazas. He querido ir al teatro de Pompeyo, y los simulacros que representan las naciones han venido hacia mí como piedras móviles y me han impedido el paso, encerrándome como dentro de una fortaleza, muy semejante á prisión profunda sin luz y sin aire. Todos me abandonan. He querido reclutar ciudadanos y ninguno se presenta. He pedido esclavos, y los patricios deben sepultarlos vivos, pues no parece ninguno. No voy á tener otro remedio sino constituir un ejército de amazonas, como las que asustaron al colérico Aquiles, dándoles liras en vez de armas, para que destrocen los campamentos enemigos y ahuyenten los soldados, al revés de Orfeo que congregaba los pueblos y de Anfión que construía las ciudades con sus liras. Pueda ser que, presentándome yo solo en duelo y en lágrimas, vestido de luto y sin armas ante mi ejército, me captase su corazón y consiguiese su obediencia inmediata. Y si les llevo un himno compuesto por mí para que lo canten, ¡ah, no me cabe duda!, lo aprenden, lo ensayan, lo entonan, y luego se dirigen de Aquitania en marchas dobles al Capitolio, aclamándome su emperador y su dios. Pero ¡ah dioses!, no me siento yo en mí, la corona se me cae de las sienes, el manto imperial se abraza y enrosca en mi cuerpo como los anillos de una culebra; paréceme la bóveda de un panteón aquel solio que antes aparecía como la bóveda celeste á mis ojos extáticos; las bases del trono bambolean, y este mismo se ha tornado en un Etna dentro del cual me abraso y carbonizo: hasta los dioses, tan propicios antes á mis invocaciones y á mis ruegos, me miran ahora con malos ojos, con ojos de lechuza, y por no ver sus miradas, llamaría con golpes redoblados á la tierra para que dentro de sus entrañas me acogiese y me arrancase el ser sumiéndome allá en los abismos de la nada.



CAPITULO XXV

FINIS

Tras tantos desvaríos, viendo la nodriza que no había medio de consolar á Nerón, llevóle á la cama como á un mísero niño, y lo acostó, dándole dulce poción que le conciliara el sueño. Pero fué de dura escasa éste. Los fantasmas en su mente surgidos al golpe de la desgracia crecían en cuanto cerraba los ojos; y no había sueño tranquilo, por ocupado todo él de intranquilos ensueños. Así el descanso aumentaba su natural cansancio. Tras una hora de sueño fatigoso, despertó con visiones de alucinado, aumentadas por el carácter fantástico, que prestaba su horror á cuantos objetos le circuían, y no pudiendo sufrir más aquellos sueños, turbados por los ensueños é interrumpidos por los insomnios como aquellos insomnios llenos de cuidados terribles, pidió la ropa, y vistiéndose con los estremecimientos de un verdadero náufrago, partióse á los jardines de Servilio, do únicamente se llevó la bola de oro que contenía el veneno de Locusta, seguido por los servidores, precipitadamente reunidos, Helio, Dorifero, Espiro, Faón y la nodriza. Eran tales jardines, propiedad bajo Nerón del imperio, aquellos que á la madre de Bruto regalara su marido para esparcimiento y recreo, llenos con árboles de todas clases y con estatuas de todos tiempos, dotados con un palacín precioso y una considerable biblio-